

ble y mucho más peligroso que el de San Marcos. El Adige, estrechando en aquel punto las montañas, no dejaba entre su lecho y su falda más que la anchura de la calzada; la entrada del desfiladero estaba cerrada por el castillo de la Pietra, que unía la montaña con el río, hallándose erizado de cañones.

Bonaparte, persistiendo en su táctica, distribuye su infantería ligera á la derecha sobre las esparpaduras de la montaña, y á la izquierda en las orillas del río. Sus soldados, nacidos en las márgenes del Ródano, del Sena y del Loira, igualan en agilidad y audacia á los cazadores de los Alpes; los unos, trepando de roca en roca, llegan á la cima de la montaña y hacen un nutrido fuego sobre el enemigo; los otros, no menos intrépidos, deslízanse á lo largo del río, apoyan el pie allí donde se puede sostener y flanquean el castillo de la Pietra; el general Dammartin sitúa con felicidad una batería de artillería ligera que produce el mejor efecto, y el castillo es tomado. Entonces le atraviesa la infantería y cae en columna cerrada sobre el ejército austriaco acumulado en el desfiladero. Artillería, caballería é infantería se confunden, huyendo en espantoso desorden: el joven Lemarois, ayudante de campo del general en jefe, quiere impedir la fuga de los austriacos; precipítase á galope á la cabeza de cincuenta húsares, atraviesa en toda la longitud el ejército austriaco, y volviendo bridas, esfuerzase para contener la vanguardia. Aunque derribado del caballo, siembra el terror en las filas de los austriacos, dando tiempo á la caballería, que acudía presurosa, para recoger varios miles de prisioneros. Así terminó aquella serie de combates que valieron al ejército francés los desfiladeros del Tirol, la ciudad de Roveredo, toda la artillería austriaca y cuatro mil prisioneros, sin contar los muertos y heridos. Bonaparte llamó á esta jornada batalla de Roveredo. Al día siguiente, 19 fructidor (5 septiembre), los franceses penetraron en Trento, capital del Tirol italiano. El obispo había huído para tranquilizar á los tiroleses, que eran muy afectos á la casa de Austria. Bonaparte les dirigió una proclama en la que les invitaba á deponer las armas y á no cometer actos hostiles contra su ejército, prometiéndoles que en cambio serían respetadas sus propiedades y establecimientos públicos. Wurmser no estaba ya en Trento: Bonaparte le había sorprendido en el momento en que se ponía en marcha para ejecutar su plan; y al ver á los franceses penetrar en el Tirol, para comunicarse tal vez con Alemania, Wurmser se decidió más aún á bajar por el Brenta, á fin de apoderarse del Adige durante su ausencia. Haciendo este rápido rodeo, que iba á conducirle á Verona, esperaba también encerrar á los franceses en el alto valle del Adige, y arrollarlos á la vez cortándoles la retirada de Mantua. Había marchado la antevispera y debía estar ya en Bassano. Bonaparte adopta en el momento una resolución de las más audaces; piensa dejar á Vaubois guardando el Tirol y precipitarse á través de los desfiladeros del Brenta en seguimiento de Wurmser. No puede llevar consigo sino veinte mil hombres y su contrario tiene treinta mil; puede verse encerrado en aquellos espantosos desfiladeros si Wurmser le hace frente y acaso llegue demasiado tarde para atacar su retaguardia, habiendo tenido así tiempo para forzar el Adige; todo esto es posible; pero sus veinte mil hombres valen treinta mil. Si Wurm-

ser quiere hacer frente y encerrarle en los desfiladeros, pasará sobre su cuerpo; si es necesario recorrer veinte leguas, las andará en dos días, llegando así á la llanura tan pronto como su contrario; y entonces le rechazará sobre Trieste ó el Adige. En el primero de estos dos casos, le perseguirá é irá á quemar aquel puerto á su vista; en el segundo le encerrará entre su ejército y el Adige, arrollando así al enemigo que creía sorprenderle en los desfiladeros del Tirol.

Aquel joven general, cuyo pensamiento y voluntad son tan rápidos como el rayo, manda á Vaubois, el mismo día de su llegada á Trento, que se dirija al Lavis para tomar aquella posición en la retaguardia de Davidovich; hace ejecutar el movimiento á su vista, indica á Vaubois la posición que debe guardar con sus diez mil hombres, y marcha al momento con los veintitantos mil restantes para cruzar las gargantas del Brenta.

Se pone en camino en la mañana del 20 (6 septiembre); duerme por la noche en Levico; al otro día, 21 (7), continúa la marcha por la mañana, y llega ante un nuevo desfiladero, llamado de Primolano, donde Wurmser había situado una división. Bonaparte se vale de las mismas maniobras, destaca tiradores á las alturas y en la orilla del Brenta, y manda cargar en columna sobre el camino, con lo cual se apodera del desfiladero. Había más allá un pequeño fuerte, rodéanle y le toman: algunos soldados intrépidos, corriendo por el camino, adelántanse á los fugitivos, los detienen, y dan al ejército tiempo para llegar y apoderarse de ellos, haciéndose así tres mil prisioneros. Por la noche se llega á Cismone, después de haber recorrido veinte leguas en dos días: Bonaparte quisiera avanzar más; pero los soldados no pueden, y él mismo está rendido de fatiga. Se ha adelantado á su cuartel general, y no tiene escolta ni víveres; un soldado comparte con él su pan de munición, y se echa, esperando con impaciencia el día siguiente.

Esta marcha vertiginosa é inesperada deja á Wurmser asombrado; no concibe que su enemigo se haya aventurado en aquellos desfiladeros exponiéndose á quedar cercado, y se propone aprovecharse de la posición de Bassano, que los cierra, para impedir el paso con todo su ejército. Si consigue sostenerse, Bonaparte quedará cogido en la punta del Brenta. Había enviado ya á la división de Mezaros para tantear á Verona, pero le manda á llamar de nuevo para luchar aquí con todas sus fuerzas, aunque no es probable que la orden llegue á tiempo. La ciudad de Bassano está situada en la orilla izquierda del Brenta, comunicándose con la derecha por un puente: Wurmser sitúa las dos divisiones Sebottendorf y Kasdanovich en las dos orillas del Brenta por delante de la ciudad, y dispone seis batallones de vanguardia en los desfiladeros que preceden á Bassano, cerrando el valle.

El 22 (8 septiembre), por la mañana, Bonaparte sale de Cismone y avanza sobre Bassano: Massena marcha por la orilla derecha y Augereau por la izquierda; se toman los desfiladeros, y llégase á presencia del ejército enemigo, formado en las dos orillas del Brenta. Los soldados de Wurmser, desconcertados por la audacia de los franceses, no resisten con el valor que han demostrado en tantas ocasiones; vacilan, se desordenan y

entran en Bassano. Augereau se presenta á la entrada de la ciudad; Massena, que se halla en la orilla opuesta, quiere penetrar por el puente, le toma en columna cerrada como el de Lodi y entra al mismo tiempo que Augereau. Wurmser, cuyo cuartel general está todavía en la ciudad, no tiene tiempo sino para salvarse, dejándonos cuatro mil prisioneros y un material inmenso. El plan de Bonaparte se había, pues, realizado; había salido á la llanura tan pronto como Wurmser, y le falta ahora cercarle, acorralándole en el Adige.

En el desorden de tan precipitada acción, Wurmser se encuentra separado de los restos de la división Kasdanovich, que se retira hacia el Friul, y viéndose acosado por las divisiones de Massena y Augereau, que le cierran el camino del Friul, obligándole á replegarse hacia el Adige, resuelve cruzar este río á viva fuerza para precipitarse en Mantua. Había llamado á sí á la división Mezaros, que acababa de hacer inútiles esfuerzos para apoderarse de Verona, y sólo contaba con catorce mil hombres, ocho mil de infantería y seis mil de caballería excelente. Costea el Adige y manda buscar por todas partes un paso: felizmente para él, habíase trasladado á Verona el destacamento que guardaba á Legnago, y no había llegado aún el que debía venir á ocupar esta plaza. Wurmser, aprovechándose de esta casualidad, se apodera de aquel punto, y seguro ya de poder volver á Mantua, concede algún reposo á sus tropas, que estaban rendidas de fatiga.

Bonaparte le seguía sin descanso, y tuvo un gran pesar al saber el descuido que salvaba á Wurmser; pero no desesperó aún de adelantarse á él en Mantua. Dirigió la división de Massena á la otra orilla del Adige, valiéndose de la barca de Ronco, y encaminóla sobre Sanguinetto para cerrar el paso de Mantua, destacando á la división Augereau hacia el mismo Legnago. La vanguardia de Massena, adelantándose á su división, penetró en Cerea el 25 (11 septiembre) en el momento en que Wurmser llegaba á Legnago con todo su cuerpo de ejército. Esta vanguardia de caballería é infantería ligera, mandada por los general Murat y Pigeon, opuso una resistencia de las más heroicas, pero fué derrotada, y Wurmser continuó su marcha. Bonaparte llegaba solo á galope en el momento de la acción, y faltó poco para que le cogieran, habiéndose salvado á escape.

Wurmser pasó á Sanguinetto, y al saber que todos los puentes de Molinella estaban rotos, excepto el del Villimpenta, bajó hasta este puente y franqueó el río, marchando sobre Mantua. El general Chartrón quiso resistir con trescientos hombres formados en cuadro; pero aquellos héroes fueron pasados á cuchillo ó hechos prisioneros, y Wurmser llegó por fin á Mantua el 27 (13). Estas ligeras ventajas eran un consuelo para los contratiempos del anciano é intrépido mariscal, quien diseminando sus fuerzas en los alrededores de Mantua, sostuvo un momento la campaña, gracias á su numerosa y magnífica caballería.

Bonaparte llegaba sin aliento, furioso contra los oficiales descuidados que le habían hecho perder tan buena presa. Augereau había vuelto á entrar en Legnago, haciendo prisionera á la guarnición austriaca, compuesta de mil seiscientos hombres. Bonaparte le ordenó dirigirse á Governolo, en el bajo Mincio, y trabó después insignificantes combates con Wurmser á fin de

atraerle fuera de la plaza; en la noche del 28 al 29 (14-15 septiembre), tomó una posición á retaguardia para inducir á Wurmser á presentarse en la llanura. El anciano general, seducido por sus ligeros triunfos, desplegóse, en efecto, fuera de Mantua, entre la ciudadela y el arrabal de San Jorge. Bonaparte le atacó el tercer día complementario del año IV (19 septiembre): Augereau, llegando de Governolo, formaba la izquierda; Massena, partiendo de Due-Castelli, el centro, y Sahuguet, con el cuerpo de bloqueo, la derecha. Wurmser contaba aún con veintidós mil hombres en línea; pero fué derrotado por todas partes, y rechazado á la plaza con pérdida de dos mil hombres.

Algunos días después quedó completamente encerrado en Mantua. La numerosa caballería que llevaba consigo, no le servía de nada, aumentando por el contrario el número de bocas inútiles, y por lo tanto mandó matar y salar todos los caballos. Tenía veintitantos mil hombres de guarnición, de los que se hallaban varios miles en los hospitales. Así, pues, aunque Bonaparte hubiese perdido en cierto modo el fruto de su atrevida marcha sobre el Brenta, sin conseguir que rindiera las armas el mariscal, había desbaratado completamente y dispersado su ejército. Algunos miles de hombres acababan de ser rechazados al Tirol á las órdenes de Davidovich; otros tantos huían á Friul con Kasdanovich, y Wurmser se había encerrado en Mantua con doce ó catorce mil; quedaban trece ó catorce mil prisioneros y seis ó siete mil entre muertos y heridos. Aquel ejército acababa, pues, de perder unos veinte mil hombres en diez días, además de un material considerable. Las bajas de Bonaparte ascendían á seis ó siete mil, contándose mil quinientos prisioneros y los demás muertos, heridos ó enfermos. Resulta, pues, que á los ejércitos de Colli y de Beaulieu, aniquilados al entrar en Italia, debía agregarse el de Wurmser, derrotado dos veces, primero en las llanuras de Castiglione y después en las orillas del Brenta. A los trofeos de Montenotte, de Lodi, de Borghetto, de Lonato y de Castiglione, debían añadirse los de Roveredo, de Bassano y de San Jorge. ¡En qué época de la historia se habían visto tan grandes resultados, tantos enemigos muertos, tantos prisioneros, tantas banderas y cañones tomados al enemigo! Estas noticias difundieron de nuevo el regocijo en Lombardía y el terror en el fondo de la Península. Francia citaba con admiración al general del ejército de Italia.

Nuestras armas eran menos felices en los demás teatros de la guerra: Moreau había avanzado sobre el Lech, según hemos visto, con la esperanza de que sus progresos en Baviera atraerían al archiduque, librando á Jourdan. Esta esperanza era poco fundada, y el archiduque habría juzgado mal de la importancia de su movimiento si se hubiese desviado de su ejecución para volver contra Moreau. Toda la campaña dependía de lo que iba á suceder en el Mein. Batido Jourdan y rechazado al Rhin, los progresos de Moreau no servían sino para comprometerle más, exponiéndole á perder su línea de retirada. El archiduque se limitó, pues, á destacar al general Nauendorff con dos regimientos de caballería y algunos batallones, para reforzar á Latour, y continuó persiguiendo al ejército del Sambre y Mosa. Este valeroso ejército se retiraba con el más profun-

do pesar, porque reconocía su fuerza, había hecho las más grandes cosas durante los primeros años de la revolución; había vencido en Watignies, en Fleurus, en las orillas del Ourthe y en el Roer; apreciaba mucho á su general, y tenía una gran confianza en sí mismo. Aquella retirada no le había desanimado, creía ceder sólo á combinaciones superiores y al número de las fuerzas enemigas; y deseaba ardientemente, lo mismo que Jourdan, una ocasión de medirse con los austriacos, restableciendo el honor de su bandera.

El Directorio escribió al general diciéndole que era preciso mantenerse en Franconia, en el alto Mein, á toda costa, para tomar cuarteles de invierno en Alemania, y sobre todo á fin de no descubrir á Moreau, que había avanzado hasta las puertas de Munich. Moreau, por su parte, acababa de anunciar á Jourdan, con fecha del 8 fructidor (25 agosto), su marcha más allá del Lech, las ventajas obtenidas y el proyecto que había formado de avanzar siempre más á fin de atraer el archiduque. Todas estas razones decidieron á Jourdan á probar la suerte de las armas, aunque tuviera ante sí fuerzas muy superiores. Hubiera creído faltar al honor si hubiese salido de Franconia sin combatir y si dejaba á su colega en Baviera. Engañado además por el movimiento del general Nauendorff, Jourdan creía que el archiduque acababa de marchar para volver á las orillas del Danubio. Detúvose, pues, en Wurtzburgo, plaza cuya conservación consideraba importante, pero de la que no tenían los franceses sino la ciudadela; dió algún descanso á sus tropas, hizo varios cambios en la distribución y mando de sus divisiones, y anunció la intención de combatir. El ejército mostró el mayor ardimiento en la toma de dos posiciones que Jourdan creía útil ocupar antes de empeñar la batalla. Tenía su derecha apoyada en Wurtzburgo, y el resto de su línea en una serie de posiciones que se extendían á lo largo del Mein hasta Schweinfurt. El Mein le separaba del enemigo; sólo una parte del ejército austriaco había franqueado este río, lo cual le confirmaba en la idea de que el archiduque había vuelto al Danubio. Dejó en la extremidad de su línea á la división Lefebvre en Schweinfurt, para asegurar su retirada sobre el Saale y el Fulda en el caso en que la batalla le hiciera perder el camino de Francfort; y así se privaba de una segunda línea y de un cuerpo de reserva; pero creyó de su deber este sacrificio á la necesidad de asegurar su retirada. Resolvió atacar en la mañana del 17 fructidor (3 septiembre).

En la noche del 16 al 17, advertido el archiduque del proyecto de su adversario, hizo pasar rápidamente el resto de su ejército más allá del Mein, y desplegó á los ojos de Jourdan fuerzas muy superiores. La batalla se empeñó al principio con buen éxito para nosotros; pero atacada nuestra caballería en las llanuras que se extienden á lo largo del Mein por otra más formidable, fué desbaratada, rehízose, volvió á dispersarse, y no halló abrigo sino detrás de las líneas y los nutridos fuegos de nuestra infantería. Si la reserva de Jourdan no hubiera estado tan lejos de él, habría podido alcanzar la victoria; envió á Lefebvre oficiales que no pudieron cruzar á través de los numerosos escuadrones enemigos; mas esperaba que Lefebvre, al ver que Schweinfurt no estaba amenazado, correría al lugar del peligro; y viendo luego que aguardaba inútilmente, replegó su

ejército para ponerle fuera del alcance de la temible caballería enemiga. La retirada se hizo en buen orden sobre Arnstein. Jourdan, víctima del mal plan del Directorio y de su abnegación por su colega, debió desde entonces replegarse sobre el Lahn: continuó su marcha sin descanso, dió orden á Marceau de retirarse de Maguncia, y llegó á inmediación del Lhan el 24 fructidor (10 septiembre). En aquella penosa marcha hasta las fronteras de Bohemia, su ejército no tuvo más que cinco ó seis mil bajas, pero sufrió una pérdida sensible por la muerte del joven Marceau, herido por la bala de un cazador tirolés, y á quien no se pudo sacar del campo de batalla. El archiduque Carlos mandó dispensarle toda clase de cuidados; mas expiró muy pronto. Este joven héroe, llorado por ambos ejércitos, recibió sepultura saludado por las salvas de su doble artillería.

Mientras ocurrían estos sucesos en el Mein, Moreau, situado siempre más allá del Danubio y del Lech, esperaba impaciente noticias de Jourdan, no habiendo llegado ninguno de los oficiales que destacó para tomar informes. Permanecía indeciso sin atreverse á tomar un partido; y en el intervalo, su izquierda, á las órdenes del general Desaix, sostuvo un combate de los más reñidos contra la caballería de Latour, que reunida con la de Nauendorff, desembocó de improviso por Langenbruk. Desaix adoptó disposiciones tan acertadas y rápidas, que rechazó á los numerosos escuadrones enemigos, dispersándolos en la llanura después de causarles considerables pérdidas. Moreau, siempre en la incertidumbre, decidióse al fin, después de veinte días, á intentar un movimiento para ir á la descubierta, resolviendo aproximarse al Danubio para extender su ala izquierda hasta Nuremberg, y obtener noticias de Jourdan, ó llevarle socorro. El 24 fructidor (10 septiembre) manda á su izquierda y su centro pasar de nuevo el Danubio, dejando su derecha sola más allá de este río, hacia Zell. La izquierda, á las órdenes de Desaix, avanzó hasta Aischtett. En esta situación singular extendía su izquierda hacia Jourdan, que en aquel momento se hallaba á sesenta leguas de él; tenía su centro en el Danubio y su derecha más allá, exponiendo así á uno de estos tres cuerpos á ser destrozado, si Latour hubiese sabido aprovecharse de aquel aislamiento. Todos los militares han censurado á Moreau aquella disposición, considerándola como uno de aquellos recursos medios que ofrecen todos los peligros de los grandes sin tener sus ventajas. En efecto, no habiendo aprovechado Moreau la ocasión de avanzar contra el archiduque mientras éste lo hacía sobre Jourdan, no podía menos de comprometerse situándose de aquel modo sobre el Danubio.

Por último, después de cuatro días de espera en tan singular posición, y comprendiendo el peligro que ofrecía, retiróse más allá del Danubio, y pensó en remontarle para acercarse á su base de operaciones. Entonces supo la retirada forzosa de Jourdan sobre el Lahn, y no dudó ya que después de haber perseguido el archiduque al ejército del Sambre y Mosa, volaría al Nécker para cortar la retirada al del Rhin. También tuvo conocimiento de una tentativa hecha por la guarnición de Manheim sobre Kehl, para destruir el puente por donde el ejército francés había desembocado en Alemania. En semejante estado de cosas, no vaciló más en ponerse en marcha para volar á Francia. Su posición era

peligrosa; comprometido en medio de Baviera, obligado á repasar las montañas Negras para volver al Rhin, teniendo á su frente á Latour con cuarenta mil hombres, y expuesto á ser sorprendido en su retaguardia por el archiduque Carlos, podía prever grandes peligros; pero si carecía del vasto y ardiente genio que su émulo desplegaba en Italia, tenía un espíritu firme é inaccesible á esta turbación que se apodera algunas veces de las imaginaciones muy vivas. Mandaba un magnífico ejército de sesenta y tantos mil hombres, cuya moral no había sufrido por ninguna derrota y que tenían en su jefe una ciega confianza. Apreciando semejantes recursos, no le intimidó su posición y resolvió seguir tranquilamente su camino.

Pensando que el archiduque, después de haber hecho replegar á Jourdan, volvería sobre el Nécker, temió hallar este río ocupado ya, y remontó el valle del Danubio para salir directamente al del Rhin por el camino de las ciudades limítrofes, porque estos pasos le parecieran los más seguros, á causa de ser los más distantes del punto donde se hallaba actualmente el archiduque.

Permaneciendo más allá del Danubio, remontóle tranquilamente, apoyando una de sus alas en el río; sus parques y bagajes iban delante sin confusión, y sus retaguardias rechazaban todos los días valerosamente á las vanguardias enemigas. Latour, en vez de cruzar el Danubio, procurando adelantarse á Moreau en la entrada de los desfiladeros, contentóse con seguirle paso á paso, sin atreverse al ataque. Al llegar cerca del lago de Federsée, Moreau creyó deber detenerse. Latour había formado tres cuerpos, confiando el uno á Nauendorff, á quien envió á Tübingen, sobre el alto Nécker, por donde Moreau no quería pasar; llegó él mismo con el segundo á Biberach, y el tercero se hallaba muy distante, en Schussenried.

Moreau, que se aproximaba á Val-d'Enfer, por donde deseaba retirarse, que no quería acelerar demasiado la marcha en el paso de aquel desfiladero, que veía ante sí á Latour aislado, y que comprendía cuánta firmeza debía comunicar á sus tropas una victoria, para acabar la retirada, detúvose el 11 vendimiario del año v (2 de octubre) en los alrededores del lago de Federsée, no lejos de Biberach. El país era montuoso, estaba cubierto de bosque y cortado por valles; hallábase Latour situado en distintas alturas, que se podrían aislar y cercar, y que tenían además á su espalda el profundo barranco del Riss. Moreau le atacó en todos los puntos, y sabiendo penetrar con arte á través de sus posiciones, aborlando las unas de frente y flanqueando las otras, le acorraló sobre el Riss, precipitóle en él y le hizo cuatro mil prisioneros. Esta importante victoria, llamada de Biberach, alejó mucho á Latour, asegurando singularmente la moral del ejército francés. Moreau continuó su marcha y acercóse á los desfiladeros: había pasado ya los caminos que cruzan el valle del Nécker para desembocar en el del Rhin; faltábale franquear el que, rozando por Tuttlingen y Rottweil, hacia las corrientes mismas del Nécker, sigue el valle del Kintzig y termina en Kehl; pero Nauendorff le había ocupado ya.

Los destacamentos salidos de Manheim se habían reunido con este último y el archiduque se acercaba. Moreau prefirió remontar por un poco más arriba y

pasar por el Val-d'Enfer que atravesando la Selva Negra formaba un largo recodo, pero iba á terminar en Brisach, mucho más lejos de donde estaba el archiduque. En su consecuencia, situó á Desaix y Ferino con la izquierda y la derecha hacia Tuttlingen y Rottweil, para cubrirse por el lado de las desembocaduras, donde se hallaban las principales fuerzas austriacas; y destacó el centro, á las órdenes de Saint-Cyr, para forzar el Val-d'Enfer. Al mismo tiempo hizo desfilar sus grandes parques hacia Huninga, por el camino de las ciudades forestales. Los austriacos le habían rodeado con una nube de reducidos cuerpos, cual si esperasen cercarle, y en ningún punto habían hecho preparativos de resistencia. Saint-Cyr halló apenas un destacamento en el Val-d'Enfer, y pasando sin dificultad á Neustadt, llegó á Friburgo; las dos alas le siguieron inmediatamente, saliendo por aquel espantoso desfiladero al valle del Rhin, más bien con la actitud de un ejército victorioso que con el de tropas en retirada. Moreau penetró en el valle del Rhin el 21 vendimiario (12 de octubre) y en vez de repasar el Rhin por el puente de Brisach, siguiendo la orilla francesa hasta Estrasburgo, quiso remontar por la derecha hasta Kehl, en presencia de todo el ejército enemigo. Bien desease dar una vuelta más imponente, ó ya porque esperara mantenerse en la orilla derecha, y cubrir á Kehl, dirigiéndose allí desde luego, estas razones parecieron insuficientes para aventurar una batalla. Repasando el Rhin por Brisach, podía subir libremente por Estrasburgo y salir de nuevo por Kehl, cuya cabeza de puente podía resistir lo bastante para darle tiempo de llegar. Querier, por el contrario, marchar frente al ejército enemigo, que acababa de reunirse todo él á las órdenes del archiduque, y exponerse así á una batalla general con el Rhin á la espalda, era una imprudencia imperdonable, no habiendo ya motivo para tomar la ofensiva, ni tratándose tampoco de proteger una retirada. El 28 vendimiario (19 de octubre) los dos ejércitos se hallaban uno enfrente de otro en las orillas del Elz y del Valdkirch, en Emmendingen. Después de un sangriento y empeñado combate, Moreau comprendió cuán imposible le era penetrar hasta Kehl siguiendo la orilla derecha, y resolvióse á pasar por el puente de Brisach; pero creyendo, sin embargo, que todo su ejército podría pasar por este puente sin agolparse, y deseando enviar fuerzas á Kehl cuanto antes, mandó repasar á Desaix con la izquierda por Brisach, volviéndose él hacia Huninga con el centro y la derecha. Esta determinación se ha tenido por no menos imprudente que la de combatir en Emmendingen, porque Moreau, privado de una tercera parte de su ejército, podía verse comprometido. Verdad es que contaba con una buena posición, la de Schliengen, que cubre el paso del Huninga, en el que podía detenerse y combatir, para hacer su marcha con sosiego y seguridad. Replegóse, en efecto, y deteniéndose allí el 3 brumario (24 de septiembre) dió un combate obstinado é incierto, hasta que después de haber hecho tiempo, con esta acción, para repasar sus bagajes, evacuó la posición por la noche, pasando á la orilla izquierda y se dirigió á Estrasburgo.

Así terminó aquella célebre campaña, y aquella retirada más célebre todavía. El resultado indica suficientemente el defecto del plan; pues si como lo han pro-

bado Napoleón, el archiduque Carlos y el general Jomini, en vez de formar dos ejércitos, adelantándose en columnas aisladas bajo dos distintos generales, con la menguada intención de deshacer los flancos del enemigo, hubiese el Directorio formado un solo ejército de ciento sesenta mil hombres, cincuenta mil para sitiar á Maguncia y ciento diez mil, reunidos en un solo cuerpo, para invadir la Alemania por el valle del Rhin, el Val-d'Enfer y la Baviera Alta, los ejércitos imperiales se hubieran visto reducidos á retirarse siempre, sin poder concentrarse ventajosamente contra fuerzas tan superiores. Entonces el magnífico plan del joven archiduque se hubiera frustrado, y la bandera republicana habría ondeado dentro de Viena. Jourdan era una forzosa víctima del plan aludido; por esto su campaña, siempre desgraciada, fué una serie de sacrificios, ya cuando atravesaba el Rhin por primera vez para llamar las fuerzas del archiduque, ó bien cuando avanzaba hasta Bohemia y combatía en Wurtzburgo. Sólo Moreau podía, con su brillante ejército, reparar en parte los defectos del plan, ya apresurándose á arrollar cuanto se le presentase delante, al salir por Kehl, ó bien precipitarse de improviso contra el archiduque Carlos, cuando éste se encarnizaba contra Jourdan. No se atrevió ó no supo efectuar nada de esto: pero si no manifestó ningún rasgo de ingenio, si prefirió una retirada á una maniobra decisiva, desplegó al menos, en esta retirada, un carácter y valor poco comunes. No era tal vez tan difícil como se ha dicho, pero se efectuó no obstante del modo más imponente.

Otro de los inconvenientes que tuvo aquel vicioso plan fué el de sugerir al joven archiduque el excelente pensamiento que llevó á cabo con prudencia, por lo mismo que Moreau no tuvo aquel ardor ni aquella audacia que podía haber hecho mortal, para las armas francesas, el error de su gobierno. ¿Quién pudo concebir lo que hubiera acontecido, si se hubiese hallado allí

el impetuoso genio que acababa de destruir tres ejércitos al otro lado de los Alpes? Si los setenta mil hombres de Moreau, en el momento de salir de Kehl, ó los imperiales, cuando dejaron el Danubio para caer sobre Jourdan, se hubieran conducido con el ímpetu que aterró á la Italia, la guerra hubiera terminado indudablemente desde luego de un modo desastroso para una de ambas potencias.

Aquella campaña valió al joven archiduque una gran reputación en Europa. En Francia se consideró como un gran mérito en Moreau haber conducido sano y salvo el ejército comprometido en Baviera, pues se tenía la mayor inquietud por su paradero, especialmente desde que, habiéndose replegado Jourdan, estando amenazado el puente de Kehl y habiendo interceptado las comunicaciones con Suabia una multitud de destacamentos, se ignoraba lo que había sido de él y lo que iba á sucederle; pero cuando después de tanto desasosiego se le vió salir al valle del Rhin con tan marcial actitud, se admiró al general que tan felizmente se había librado. Consideróse su retirada como una obra maestra del arte, y se comparó inmediatamente á la de los diez mil.

Nadie se atrevía sin duda á comparar estos triunfos con los brillantes del ejército de Italia; pero como siempre hay una multitud de hombres á quienes ofusca el genio superior y la fortuna y prefieren un mérito menos distinguido, no faltaban muchos que se declaraban por Moreau, elogiando su prudencia, su habilidad suma y prefiriéndola al ardiente genio del joven Bonaparte. Desde entonces tuvo Moreau en su favor cuantos prefieren los talentos secundarios á las facultades extraordinarias, y es preciso confesar que en una república se acostumbra á perdonar á estos enemigos del genio, cuando se considera hasta dónde puede éste hacerse culpable contra la libertad que le ha sostenido y llevado hasta el colmo de la gloria.

CAPÍTULO V

Situación interior y exterior de Francia después de la retirada de los ejércitos de Alemania á principios del año v. — Combinaciones de Pitt. — Preliminares de una negociación con el Directorio. — Llegada de lord Malmesbury á París. — Paz con Nápoles y Génova. — Negociaciones infructuosas con el papa. — Caída del duque de Módena. — Fundación de la república cispadana. — Misión de Clarke en Viena. — Nuevos esfuerzos del Austria en Italia. — Llegada de Alvizny. — Graves peligros del ejército francés. — Batalla de Arcola.

El desenlace que acababa de tener la campaña en Alemania era enojoso para la república; sus enemigos, que se obstinaban en negar sus victorias ó en predecirle crueles reveses de fortuna, veían sus pronósticos realizados y triunfaban abiertamente. Aquellas rápidas conquistas en Alemania, decían, no tenían, pues, ninguna solidez: el Danubio y el genio de un joven príncipe habían puesto término á ellas; no cabía duda que el temerario ejército de Italia, tan sólidamente establecido en el Adige, al parecer, sería arrancado á su vez de allí y rechazado á los Alpes, como los ejércitos de Alemania al Rhin. Cierta que las conquistas del general Bonaparte parecían reposar en una base algo más sólida; no se había limitado á rechazar á Colli y Beaulieu á su paso; había los destrozado; ni se contentó tampoco en dispersar el ejército de Wurmser; le desorganizó en Castiglione para aniquilarle por fin sobre el Brenta; y por lo tanto había más esperanza de permanecer en Italia que en Alemania, pero complaciáanse algunos en propalar rumores alarmantes.

Decíase que llegaban numerosas fuerzas de Polonia y Turquía para dirigirse á los Alpes; los ejércitos imperiales del Rhin podrían entonces disponer de nuevos destacamentos; y el general Bonaparte, á pesar de todo su genio, teniendo siempre nuevos enemigos que combatir, hallaría por último el término de sus triunfos, aunque sólo fuese por el desfallecimiento de su ejército. Era natural que en aquel estado de cosas se hicieran semejantes conjeturas, porque las imaginaciones, después de haber exagerado los triunfos, debían exagerar también los reveses.

Los ejércitos de Alemania se habían retirado sin grandes pérdidas y conservaban la línea del Rhin, en lo cual no había desgracia alguna; pero el ejército de Italia se hallaba sin apoyo, y esto era un inconveniente grave. Además, nuestros dos principales ejércitos, habiendo vuelto á entrar en el territorio francés, iban á ser una carga para nuestra hacienda, que seguía siempre en un estado deplorable: este era el peor mal.

Como las cédulas habían dejado de tener curso forzoso de moneda, perdiéronse enteramente, sin contar que se habían distribuido todas, y apenas quedaba ya alguna á disposición del gobierno, hallándose en París en manos de algunos especuladores, quienes las vendían á los que compraban bienes nacionales. El atraso de los créditos del Estado era siempre considerable, pero no

se cobraba; los impuestos y el empréstito forzoso se percibían con lentitud; los bienes nacionales se pagaban sólo en parte, y según la ley, no era posible exigir aún los pagos que restaban hacer, ni eran bastante crecidas las propuestas que se presentaban aún para alimentar el Tesoro. Por lo demás, vivíase con estas propuestas, así como con los comestibles procedentes del empréstito y las promesas de pago hechas por los ministros. Se acababa de formar el presupuesto para el año v, dividido en gastos ordinarios y extraordinarios: los primeros ascendían á 450 millones, y los segundos á 550; la contribución territorial, las aduanas, el papel sellado y demás productos anuales debían cubrir los gastos ordinarios; y los 550 millones podrían satisfacerse sobradamente con el atraso del año iv y del empréstito forzoso, y con los pagos que debían hacerse de los bienes nacionales. Contaban, además, con el recurso de los bienes que la república poseía aún; pero era preciso realizar todo esto, y tropezábase siempre con la misma dificultad.

Los contratistas, no pagados, rehusaban hacer adelanto alguno, y carecíase de todos los servicios á la vez. Los funcionarios públicos y los rentistas no percibían sus pagas y se morían de hambre. Así, pues, el aislamiento del ejército de Italia y el estado de nuestra hacienda podían inspirar grandes esperanzas á nuestros enemigos.

Del proyecto de cuádruple alianza formado por el directorio entre Francia, España, la Puerta y Venecia, sólo había resultado la alianza con España, la cual, alucinada con nuestras promesas y brillantes victorias á mediados del verano, había decidido, como hemos visto, renovar con la república el pacto de familia, y acababa de declarar la guerra á la Gran Bretaña.

Venecia, á pesar de las instancias de España y las invitaciones de la Puerta, á pesar de las victorias de Bonaparte en Italia, se negó á unirse á la república. En vano se le representó que Rusia aspiraba á sus colonias de Grecia y Austria á sus provincias de Iliria; que su unión con la Francia y la Puerta, que nada tenían que envidiarla, la protegería de aquellas dos ambiciosas enemigas; que las reiteradas victorias de los franceses en el Adige debían tranquilizarla respecto á la vuelta de los ejércitos austriacos y la venganza del emperador; que el auxilio de sus fuerzas terrestres y marítimas haría más imposible aún este caso, y que, por el contrario, la neutralidad no le proporcionaría ningún amigo, antes bien